

El punto neurálgico del humor de esta novela es la inveterada capacidad de Rojitas para teorizar acerca de todo lo que cruza su horizonte de intelectual puro. Irse a trabajar a la mísera chacra es “volver al origen”, “retornar a las raíces”, porque “Aquí la única institución sólida es el país interior”, etc. En materia literaria la teorización es infinita: Rojitas ha desarrollado una tesis sobre la transformación nerudiana del espacio en tiempo por el quiebre interno del significante, Rojitas se adentra en la fascinante interacción de sistemas semiológicos entretreídos en la gran ciudad, Rojitas quiere enseñar la estructura del texto criollista al propio don Vena en la chacra —en su cátedra paralela—, Rojitas sólo está contento cuando, de vuelta a la universidad, puede seguir teorizando sin límites...

Y por contraste —un contraste sumamente sólido— se perfilan tres caracteres notables en las antípodas de la intelectualidad pura: la Nana con su sabio arribismo social, don Vena con la sabiduría invulnerable del hombre de la tierra, y doña Marta con la sabiduría innata del “orden de las familias”. Ellos no teorizan, ellos saben, ellos triunfan a su manera, y por eso mismo son el contrapunto de la figura de Rojitas, en quien el intelectual puro se ríe de sí mismo con simpatía y gracia. Todo ello en tono menor, livianamente, sin pretensiones, sabiamente... Por la misma moderación de sus ambiciones, Andrés Gallardo acertó en su primera novela.

IGNACIO VALENTE  
“El Mercurio” 27-10-85

<https://doi.org/10.29393/At451-23VRHM10023>

## EL VOLTICHE DE LA REVOLPITA

De *Hernán Poblete Varas*

Editorial Andrés Bello

Hernán Poblete Varas es escritor plural: antólogo, cuentista, ensayista, autor de novelas. Hasta ha incursionado alguna vez por la poesía, según vemos en una reciente selección presentada por Miguel Arteche.

El último de sus libros lleva el título popular y enrevesado que encabeza estas líneas. Lo edita Andrés Bello y corresponde ni más ni menos que al Premio de Novela 1984 de esa misma editorial. El jurado lo presidió Roque Esteban Scarpa y fue integrado, además, por José Miguel Ibáñez (Ignacio Valente), Enrique Lafourcade, Fernando Emerich y el suscrito. No es infidencia decir que la decisión fue adoptada por unanimidad.

Estoy cierto de que el fallo fue acertado porque la novela es decididamente buena. ¿Qué quiere decir “buena” en este caso?

Desde luego, que el lector se entretiene muchísimo leyéndola. Los episodios son amenos, variados, distintos, originales. El autor los concatena sabiamente en un proceso que pudiéramos llamar de purificación. De la farra a la paz del pueblecito “verde, azul y blanco, y plácido y dormido”, pasando por la penitencia campesina, va el relato, que en ningún momento decae.

Está, además, el ingrediente del humor. Ocurre en el decir sabroso de los personajes, en las asociaciones idiomáticas, en situaciones absurdas. Humor sazonado con cierta dosis de poesía, de aire libre y sano, de ética salvadora.

En fin, cuenta la creación de excelentes personajes masculinos y femeninos del más variado tipo social. Predominan los de medio pelo, ordinarios, parranderos y de horizonte limitado. El desafío estribaba en construir con ellos un mundo que no fuera mediocre. El milagro ocurre a través de don Recaredo, "una rara mezcla de don Quijote, Cid y rey Lear". Es el agente catalizador de las energías del grupo farrero. Actúa en parte produciendo temor, en parte por ascendiente positivo. Su quehacer se enmarca en una tradición de auténtico e inesperado señorío. Es personaje sorprendente que, curiosamente, no despierta antipatía en el lector. Su personalidad se explica en cuanto "llevaba pegado el terruño ancestral". Era hombre ajeno a este siglo, más bien de la colonia, de fina estirpe goda. Contrasta notablemente con los fiesteros antes vistos, y de tal contraste surge la posibilidad de salvación interior que caracteriza a la novela.

Hernán Poblete Varas, en resumen, ha escrito una obra amena, sana, graciosa, con incursiones notables por la psicología de nuestra gente de clase media y con asomos a una ética superior simbolizada en una personalidad distinta y bien delineada.

Hay momentos encantadores en la novela, como el del baño al aire libre y el del desenlace mismo.

Estamos ciertos que "El Voltiche de la Revolpita", a pesar de su enrevesado título, llegará a muchos lectores.

HUGO MONTES

## ESCRITURA SECRETA

*De Fernando González Urizar*

Editorial Aconcagua. Santiago

En los poemas líricos es fácil distinguir la enunciación en los primeros versos. Es un camino para que el poeta pueda llegar hasta la cima de la canción, como si fuera un estallido de luz, de emociones, a veces opuestas. He ahí una de las sorpresas de la poesía.

González-Urizar en un primer verso nos conduce por mundos pletóricos de vivencias. Lo hace con palabras precisas, sin adornos. Las metáforas quedan insinuadas. Dice el poeta:

"Quiero urdir mi canción, tramar su luz". Es decir, hay que disponer las ideas y sus hilos para hacer un trabajo, para tramarlos con fuerza y razón de ser. Esa canción, conseguida con voluntad, puede ser como un conjunto de vibraciones que la luz contiene, un resplandor que fosforece en el corazón. "Simple y breve será: sólo un color, —un puro crisantemo en una copa—. Con sonido y silencio la he de hacer".

Gran desafío estético significa combinar los sonidos y los rumorosos silencios. Tal vez, sea posible, porque el sonido se olvida, mientras que el silencio tiene virtualismos que los poetas descubren.